

## EL LLANO, LA IMAGEN Y EL FEMENINO ETERNO EN LA POESÍA DE CARRANZA

Escribe: BENIGNO ACOSTA POLO

Cuando saboreamos la poesía de Eduardo Carranza, en sus diversos avatares, advertimos que a lo largo de ella el Llano hace acto de presencia. Lo lleva en la sangre, en la pupila y el alma. Se hace esencia y presencia de su numen. En uno de sus poemas autobiográficos —confidenciales en cuanto dicen relación a la vivencia estética y afectiva— “el poeta canta desde lo alto de un caballo” rompe con esta evocación:

*Como era hijo de los llanos  
llegó a caballo con el alba  
y alguno dijo que su frente  
se levantaba con el sol.*

Adentrándose en el ámbito de las evocaciones canta en un solo verso, que es una oda, su encuentro venturoso con la que había de ser y sigue siendo la esposa, la amada, la hermana y la musa:

*Halló su Rosa Verdadera.*

Del plano de lo íntimo pasa al amplio y multiforme de la querencia patria. Entonces no solo incorpora a Colombia el Llano, con su panorama físico y espiritual, sino que lo identifica con este continente promisorio en que nacimos. Invierto el orden de los versos para una captación más directa de este proceso de amplificadas presencias:

*Colombia, Colombia, Colombia,  
llenó de luna su garganta,  
de delirio su corazón.*

*Y dio su corazón al viento  
y errando por la poesía  
halló a su América dormida  
y oyó el latido de la Atlántida  
en el fondo del porvenir.*

De sus nupcias fébricas con el canto, contraídas en el Llano, hace esta remembranza alusiva al momento en que sale en pos de su destino, a cumplir con su misión de poeta, a pesar del tironazo entrañable que para él significa su corpórea separación del terruño sin fronteras:

*Y cuando tenía veinte años  
al aire alzó la mano abierta  
como quien señala un lucero  
o saluda a la primavera.*

Refiriéndose concretamente a él mismo, como poeta y como hombre, formula esta conmovida voluntad testamentaria:

*Aquí espera Eduardo Carranza.  
Cuando muera ponédle en tierra.  
Con su tierra vestidle el sueño.* /

No puede desprenderse de la presencia del Llano. Lo persigue como su propia sombra. En su poema "Se canta a los Llanos con metáfora de muchacha", le cambia el sexo para sentirlo más cerca, para acariciarlo con mano de apasionado amante y adensar más su acento lírico:

*Te hablo como un enamorado  
habla sencillamente a una muchacha;  
ven, siéntate a mi lado, dulce tierra,  
señorita vestida de cocuyos.*

Esta imagen tuvo que estar bullendo en los primitivos y civilizados que han vivido las noches luciferinas de los Llanos. "Señorita vestida de cocuyos" es una imagen, mutatis mutandis, tan completa y agotadora como la de Goethe sobre la Catedral de Colonia, cuando dice que en su maquinaria "la arquitectura es música petrificada".

Sigue de prodigio en prodigio. Dialoga con su tierra, la contempla y la requiebra con quejumbroso pífano:

*Ven con tus trenzas de ríos a la espalda;  
ven, paloma salvaje, fiera rosa,  
ven con tus olas de jazmín secreto...  
Ven con tu litoral en donde amarra  
sus vagos trasatlánticos la tarde...*

Y esta alquimia de sensaciones dispares, en que la realidad objetiva, engastada en la subjetiva, se convierte en joya que ofusca con el cabri-llo de luces cósmicas:

*Ven con tus caracoles y tus flechas  
y tus ríos: el Ariari,  
como un labio feliz lleno de estrellas.*

El requiebro termina cuando toma entre sus brazos a la "señorita ataviada de cocuyos", después de haber rematado victoriosamente la sostenida metáfora en que le hace la ofrenda de su corazón y de su estro:

*Luego bailo contigo este joropo  
y te alzo en pulso sobre el mundo.*

El Llano circula por el cauce cárdeno de sus versos en "El sol de los venados", en su "Soneto de abril", en el cual vuelve a sentirse sumido en "el llano inmenso y el solemne río". En el corazón mismo de España, en la escarpada Toledo, en 1960, la nostalgia del Llano, en aquel relicario del Greco, continúa siendo su lebrél y no puede esquivar su presencia alada, y recuerda entonces:

*El toro negro y el caballo blanco  
que en mis Llanos de Apiay relampaguean.*

Y sería de no terminar si adelantamos en la búsqueda de la huella de ese Martín Fierro, sin confines, en la poesía de Carranza.

#### *La imagen carranziana*

Cada poeta nace con su manera especial, única, de crear poesía, de configurar la imagen, su ingrediente sublimado, sin la cual es imposible la plasmación del poema. Poesía e imagen son y seguirán siendo indefinibles. Preceptistas y estetas se han ingeniado para definirla, pero sus esfuerzos han resultado, no digamos inútiles, pero sí incompletamente logrados. De lo expuesto por los modernos teorizantes del fenómeno poético se llega a la conclusión de que la imagen es algo así como un complejo de intensidad afectiva que sirve al poeta para dar forma aproximada a sus emociones y sensaciones.

La imagen tradicional es menos compleja. La moderna, la verdaderamente revolucionaria, dentro de la cual se moviliza la poesía de Eduardo Carranza es menos definible, porque siempre es visionaria e ingrátida. Es la sustitución de dos planos de distinto nivel, "la unificación de ideas dispares", como dice Ezra Pound.

Deleitamos ahora, vista, imaginación, oído, tacto y hasta olfato, con algunas que tomamos de su último libro: "El Olvidado". Del poema "Donde la música nos mira", cuyo título también es poesía, inicia así su lírico andar:

*Se abren las puertas de la lluvia.*

Tras de ese pórtico prometedor viene la somnolencia que produce el persistir del fenómeno atmosférico evocado y siente que "las cosas entorran sus párpados". Y nos congratulamos con esta captación que demuestra haber pasado, en forma sincronizada, por las recámaras íntimas de lo musical y lo visual:

..... *La pastora  
al son del aire está bailando.*

Ha dejado de ser el poeta asediado de manera angustiosa por el olvido, para retornar a los días candorosos de la infancia. Tan cándidos nos sentimos cuando revivimos ese envidiable amanecer, que hasta el aire se musicaliza con el eco de la lluvia y la luz difusa que sus gotas filtran. Surge entonces el acoplamiento de sensaciones dispares en esta conjunción sinestésica:

*La luz del arpa,  
cantando en voz baja,  
borda su pañuelo.*

En la canción "Rima" abundan estos entrecruzamientos de emociones y elementos psico-sensoriales que configuran levisimas sinestesias. Para muestra un botón:

*Tal vez con la luna,  
si la luna oliera  
a vino y violeta.*

Sentimos entre las manos una llama dulce y musical, que recorre todo nuestro ser, cuando leemos:

*Coronada de azul como la ola.  
Aguda y sideral como la llama.*

En solo dos versos engasta una imagen pía y redonda del amanecer:

*Y el ángel de color  
pinta el mundo de nuevo.*

Alegoría impresentida, inundada de azul, de azul discreto, idealizado —hasta en el momento del beso— redondea en la estrofa final de "Primer Retrato":

*En su mano, la vida bella ardiendo  
como un ramo de fuego. Alumbándola  
el primer día de la primavera  
como súbita lámpara de flores.*

Dentro de lo aparentemente irreconciliable, qué maestría para la sincronización exacta de lo impetuoso con lo delicado: "El viento como un toro transparente". Y qué blancura de rostro, tan humanizado y de tan esfumada hechura: "La blanca llama de un jazmín ardía". Con parejo denuedo pericial para la imagen visionaria identifica el mar, en lírica simbiosis, con un personalísimo estado de alma:

*Canta una casa de madera azul  
en una playa blanca. Estás cantando  
y el mar oye tu boca distraída.*

El arpa, como símbolo de un mundo habitado por el ensueño y la dulce remembranza, nos hace copartícipes del deliquio amoroso que la convirtió en arieta:

*Por el país cruza un río  
gimiendo de amor.  
Tu estás dormida en el país del arpa,  
sonriendo al amor.  
Y el que en tu pecho late, tras el arpa,  
es mi corazón.*

### *El femenino eterno*

Homenaje sostenido, digno del eterno femenino, no como abstracción, sino como realidad humana, circula a lo largo de la poesía de Eduardo Carranza, así en la de su orto como en la más reciente. En "El Olvidado", en cuyos versos la angustia se nutre con la ausencia o con el presentimiento de no ser correspondido, le rinde pleitesía con intenso voltaje amoroso, dando significado distinto al apotegma cartesiano:

*Yo sé que existo, porque tu me sueñas.  
Moriré de repente si me olvidas.*

Como quien dice: "Me amas, luego existo". Y en otros poemas, especialmente en el escrito "Con una sola mano", nos regala con esta quintaesencia de erotismo sin lastre pecaminoso, que solo tiene cumplimiento en cumbres como Goethe, Petrarca, Dante, Garcilaso y nuestro Valencia en los sonetos elegíacos que esculpió a la memoria de su amada Josefina:

*Un cuerpo joven fluye bellamente  
dormido entre cabellos y sonrisa.  
Una frente se apoya en este verso,  
..... y crece el árbol  
en cuyo pecho un corazón grabamos.*

Sigue fluyendo en hilos de música y angelical requiebro el femenino eterno nimbado por el amor:

*Oigo correr el tiempo entre mi sangre,  
cuando tu nombre me perfuma el rostro  
como un jazmín continuo.  
Mi por —siempre— jamás, agua delgada,  
gemidor y azul. Mi amor y mi seña.  
Mi corazón sin uso de razón.*

Después de este remate con acento pascaliano —razones del corazón que la mente no comprende— descubre el velo que oculta una madona criolla, cuya sonrisa, ingenua y total, es la mejor promesa de la dádiva sin condiciones:

*Mi corazón sentía oscuramente  
que algo suyo brillaba en esos dientes.*

Sensualismo exento de groseras apetencias brota de su breve poema "Es melancolía". En sus versos la mujer amada es símbolo viviente del femenino eterno. Para imprimirle máximo vigor expresivo a la levedad de su pensamiento y para frustrar el nacimiento de un verso patituerto, actualiza un cultismo muy usual en el Siglo de Oro:

*Escribiré en el vino rojo un nombre:  
el tu nombre que estuvo junto a mi alma  
sonriendo entre violetas.*

Este Carranza, inmerso con gozo y ansiedad, en las linfas del femenino eterno, emerge de ellas, tras el rito purificador, con la dádiva del poema en la mano. Y la dádiva es una llama que canta con dulcedumbre de miel, con arrullo de palomas en idilio con brillo de matinal lucero y suavidad de infantil caricia.

Así es toda la poesía de nuestro poeta, plasmada en la imagen intuída con tortura en el mundo de lo real; metamorfoseada en criatura gloriosa, sin peso corpóreo, pero con abrumador contenido emocional. Su ingravidez es garantía de su novedad inmarchitable, porque ostenta el signo del embrujo cuyo nacimiento no se repite. Es el secreto de los poetas que, hermanos del ruisenior y la alondra, vinieron al mundo, para derretir en su pico de oro el embeleso del trino múltiple y uno.

